

con crestas de diamantes, le mostró su fantasía en el fondo de aquellas aguas, transformada en nereida, su enamorada mora, siguiendo con el lazo homicida al cuello la estela de la nave que le arrancaba para siempre de sus brazos.—Llega á Navarra, y por saludable consejo del prudente obispo, en vez de romper en medidas de venganza contra los reyes de Castilla y de Aragón, que con tanta perfidia se habían conducido en su ausencia, negocia con ellos una tregua de tres años, durante los cuales se consagra al bien de sus pueblos y á mejorar el gobierno interior de su reino. En ese tiempo hizo grandes construcciones, que tú, lector, irás viendo en el proceso de nuestro viaje artístico.

Las treguas pactadas entre el Emir Yacub-ben-Yussuf y los Estados cristianos de la Península habían concluído: rompe el castellano las hostilidades, y Mohammed-ben-Yacub inaugura en España sus campañas cercando á Salvatierra y tomándola. Siguen preparativos formidables de una y otra parte: colíganse todos los príncipes cristianos contra los moros; el papa Inocencio III manda publicar cruzada, y de todas partes de la Cristiandad acuden á la santa empresa, particularmente de Francia, cuyo príncipe heredero (andando el tiempo Luís VIII) es yerno de D. Alfonso de Castilla, y de Inglaterra, cuyo rey Juan es su cuñado. Todo anuncia que va á realizarse uno de los grandes acontecimientos que han de decidir de la suerte del occidente cristiano. La población de Roma multiplica sus actos de devoción y penitencia: todos allí ayunan á pan y agua por espacio de tres días: hiende los aires el tañido de las campanas de todos los templos; las mujeres caminan descalzas y enlutadas hacia la iglesia de Santa María la Mayor, precedidas de las religiosas; de la iglesia de Santa María marchan por San Bartolomé á la plaza de San Juan de Letrán. Esto pasa el miércoles siguiente á la pascua de la Trinidad (23 de Mayo de 1212). En dirección de la misma plaza se encaminan por el arco de Constantino los monjes, los canónigos regulares, los párrocos y demás ecle-

siásticos con la cruz de la Hermandad; por San Juan y San Pablo se ve al resto del pueblo llevando con la mayor compostura y veneración la cruz de San Pedro. Todos se colocan en la misma plaza y en el orden de antemano establecido. Ya allí congregados, el Jefe de la Iglesia, Inocencio III, acompañado del Colegio de cardenales, de los obispos y prelados, y de toda la corte pontificia, se encamina al templo de San Juan de Letrán, toma con gran ceremonia el *Lignum crucis*, y con aquella sagrada reliquia, venerando emblema de la redención del linaje humano, se traslada, seguido de un brillante cortejo, al palacio del cardenal Albani, y presentándose en el balcón, dirige una fervorosa plática al inmenso y devoto pueblo cristiano que llena la vasta planicie.—¿Qué significa esta solemne y augusta ceremonia? ¿Porqué esta pública demostración de acendrada piedad religiosa en la capital del orbe católico?—El pontífice Inocencio III ha acogido con benevolencia paternal la misión del enviado del rey de Castilla, ha concedido indulgencia plenaria á todos los que concurran á la guerra de España contra los enemigos de la fe, y ha querido que el pueblo romano se prepare á implorar las misericordias del Señor. Grande es sin duda la importancia que atribuye la Cristiandad toda á la empresa que se va á acometer en España.

Nuestro Sancho de Navarra es uno de los reyes que acuden á ella: nada más lucido ni de más hermoso aire que su ejército. Reúnense en Toledo, plaza de armas señalada al efecto, hasta cien mil infantes y diez mil caballos extranjeros, sin contar las tropas peninsulares. Entra este ejército en tierra de moros llevándolo todo á sangre y fuego, y apodérase de Malagón y Calatrava. Pero las tropas extranjeras, no acostumbradas á los excesivos calores de nuestro clima, y mal avenidas con las españolas, abandonan tumultuariamente las banderas de los cruzados y se retiran á sus respectivos países, quedando tan sólo de aquel formidable ejército, Arnaldo, arzobispo de Narbona, con 130 caballos, y Teobaldo Blascón, caballero noble de Poitiers, español

de origen.— Los reyes D. Alonso de Castilla, D. Sancho de Navarra y D. Pedro de Aragón, no desmayan por la falta de sus aliados: el anhelo de lavar la afrenta de Alarcos estimula al castellano; al navarro incita el ardiente deseo de desquitarse de la perfidia usada con él en la corte del Emir africano.— El enemigo es toda la morisma que han podido reunir África y España juntas, mandada en persona por Mohammed-ben-Yacub. *Los moros*, dice el príncipe de Viana (1), *fueron en tanto número de á caballo, é de á pié, que no se podían numerar, porque los llanos, é las montañas, todas eran cubiertas de gentes que era grant ferocidad, é espanto, de los ver.*— Encuéntanse moros y cristianos cerca de Úbeda, entre Sierramorena y el Guadalquivir; pero el ejército musulmán enseñoorea el formidable paso de la Losa, cuyas angosturas están defendidas por moros: colocados entre riscos que les sirven de inexpugnables barreras, encajonados los cristianos en los desfiladeros donde no pueden desplegar su caballería, su posición parece desesperada. En tan crítica situación, un pastor se aparece en el real de don Alfonso:—Yo os guiaré, le dice, por donde podrá subir vuestro ejército sin ser visto hasta la misma cumbre de la sierra, y donde hay sitio apropiado para la batalla.—Parece aquello una revelación del cielo: el pastor conduce al ejército á una extensa y vasta planicie de más de diez millas, capaz de contener todas sus haces: esta planicie es la de las *Navas de Tolosa*.—Y desapareció el gufa sin que volviese á ser visto.

Terrible día para el Islam el lunes 16 de Julio de 1212! Con gran sorpresa habían visto los sarracenos á los cristianos plantar sus tiendas en la dilatada mesa de la montaña; pero no sospechaban qué tormenta se les venía encima.—¿Habré de describirte, lector discreto, lo que fué la batalla de las Navas de Tolosa? De cuantos autores he consultado al intentarlo, apenas

(1) *Crónica de los reyes de Navarra*, edición de Pamplona de 1843, ordenada por Yanguas.

hay dos que entre sí convengan respecto de los lances de aquel tremendo choque del Islam contra la Cruz. En una cosa están todos acordes, y con los historiadores cristianos los mismos árabes, á saber, en la espantosa derrota sufrida por los musulmes (1).

Figúrate colocado en la eminencia desde la cual el Emir Mohammed observa el orden de la batalla: allí tiene él su lujosa tienda de terciopelo carmesí con flecos de oro, franjada de púrpura y aljófar: lleva la alquifara ó ropa morisca que había sido de su bisabuelo el fundador del Imperio de los Almohades,

(1) Hablando del emperador almohade á quien nosotros llamamos Mohammed-ben-Yakub, dice Almakkarí (en su *Historia de las dinastías musulmicas de España*, t. II, lib. VIII, c. III: traducción inglesa de D. Pascual de Gayangos): Su reinado fué muy funesto á la causa de los musulmes, principalmente á los de Andalus; porque habiendo juntado en el año 609 (A. D. 1212) un ejército de 600,000 guerreros, no sólo no hizo cosa de provecho por la religión, sino que experimentó en este mismo año una de las más completas derrotas que humillaron á las armas islámicas. El autor del valioso tesoro *historia de la dinastía merinita*, dice que Mohammed estaba tan engreído y satisfecho con el extraordinario número de sus tropas, que se creía invencible. Los francos, añade (entiéndase por francos á los españoles, pues para los árabes era *tierra de Afranc* toda la tierra de allende el Estrecho), tomaron por el contrario eficaces medidas para oponerse á él: lucharon ambos ejércitos en la famosa batalla de Alakab (este nombre dan ellos á la batalla de Muradal ó de las Navas de Tolosa), que los musulmes perdieron, y el resultado de ella fué que la mayor parte del Maghreb quedó despoblada, y que los francos se enseñorearon de lo principal de Andalus. De los 600,000 hombres que entraron en batalla, muy pocos escaparon; y aun hay autores que afirman que no se salvaron mil. Fué esta derrota como una maldición, no sólo para Andalus, sino para todo el Maghreb, y la ignominia que en ella cayó sobre el Islam debe achacarse á la mala política de Mohammed Annasir: porque siendo los musulmanes andaluces los más hechos á la guerra y los más conocedores del modo de pelear de los cristianos, este Sultán y su wisir desatendieron su consejo, y aun ofendieron á algunos de ellos, con lo cual se enemistaron los oficiales andaluces con los africanos, facilitando á los cristianos el triunfo. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que esta derrota debe ser considerada como la causa verdadera de la decadencia en que desde entonces vinieron el África occidental y el Andalus:—el África porque las pérdidas de la batalla originaron gran despoblación en muchas de sus ciudades y comarcas,—y el Andalus porque los enemigos del Profeta pudieron dilatar allí sus conquistas, en atención á que, muerto Mohammed Annasir, el imperio de los almohades quedó desconcertado, los príncipes de la familia real que tenían gobiernos aprovecharon la ocasión para aumentar su poder y autoridad á costa del Imperio, y debilitado éste, se vieron á veces precisados á asoldar tropas del enemigo y á entregar á los cristianos fortalezas de los musulmes, con objeto de obtener de ellos auxilios para destrozarse mutuamente.

tiene á sus piés un escudo, á su lado un brioso caballo, en una mano la cimitarra, en otra el Korán, cuyas invocaciones y aleyas lee en alta voz recordando las promesas del Paraíso y de la bienaventuranza eterna para los que mueran en defensa de la fe. Allí aguarda impasible que se cumplan los eternos decretos de Allah.—Al rededor del Emir han formado los musulimes un fuerte palenque, defendido por una muralla de carne humana, que constituyen diez mil moros negros de hórrido aspecto, sujetos con cadenas por los muslos, con sus lanzas y adargas, los cuentos de las lanzas hincados en la tierra y los hierros hacia adelante (1); y otra muralla de tres mil camellos, encadenados también unos con otros; poniendo dentro, y como una tercer barrera, gran número de caballeros y ballesteros. Desde aquella eminencia se registra toda la inmensa extensión del campo que ocupan musulimes y cristianos: vense las haces cu-

(1) *La primera batalla de los moros fué de quarenta mil negros armados con lanzas é adargas, é tenían los cuentos de las lanzas fincados en tierra, é los fierros adelant mui amolados. Despues de esta batalla de negros, estaban tres mil camellos, encadenados el uno con el otro con gruesas cadenas de fierro, é luego, detras dellos, estaban muchos caballeros é ballesteros é toda la otra gente.* Crón. del Principe de Viana, loc. cit.

El códice del Dr. Puerto nada dice de los camellos, y describe de esta manera la situación del Miramamolín: *Pusiéronle en una mui rica tienda en un cerro donde por todos los moros pudiese ser visto mui bien, el cual en la mano derecha tenia una espada desnuda, é en la izquierda el libro del Alcoran, é estaban en su tienda, é al derredor de la dicha tienda, los mas esforzados é valientes moros; é ansi en derredor de la dicha tienda habia tres tapiados, é en cada tapiado una batalla de moros, los quales estaban ligados de los muslos porque no pudiesen fuir.*

El continuador de los *Anal. de Navarra* del P. Moret, siguiendo al arzobispo D. Rodrigo, que tanta parte tomó en la famosa batalla, dice: *El Miramamolín Mahomad ocupó un collado de llanura dilatada, la qual cerraron los Bárbaros de dos órdenes de cadenas, amarradas á postes bien afixados á trechos: y para cerrar mas el passo se miraban atadas á las cadenas lanzas y carcaxes de saetas, con que formaron de aquel atrio y plaza grande un palenque como enrejado... Soldados muy escogidos, guardias de su persona, guarnecían por adentro aquel palenque. Fuera de él, una infinita multitud de infanteria tien armada, y con notable artificio dispuesta, atados por los muslos uno con otro, para que desesperados de poder huir, persistiesen hasta el fin de la batalla... Además de esto, estaban cubiertos, en fosas cavadas, hasta los ojos, valiéndose como de estrada encubierta para herir mas á su salvo y dificultar la entrada á los nuestros.*

De estos textos, entre sí discordes, se deduce que no se sabe con certeza cómo estaba formado el palenque que defendía la tienda del Emir-Almumenín.

lebreaando por las llanuras, los estandartes y pendones ondeando al viento... en suma, lo que se ve en toda batalla observada desde una altura adecuada, aunque en mayor escala en la ocasión presente, porque los dos ejércitos contrarios se extienden á cuanto la vista abarca. Diríase ahora que el orbe entero es campo de batalla, porque no hay llano ni monte en que no hormiguen los combatientes.

Empieza el sol á dorar las cumbres de la sierra: dase la señal del combate: sube del campo cristiano el eco agudo de los clarines y el ronco de las trompetas y tambores, y del campo musulmán el estruendo de los atabales y añfiles, y de los atronadores lelilés que se propagan de unos en otros cuerpos, asordando la campaña y repercutiendo en los senos de las montañas.—Vuélvese todo en breve confusión y desorden, y no se disciernen en el teatro de la tremenda lid sino masas que se aproximan, se compenentran y funden, masas que se rompen y subdividen, enseñas abatidas, enseñas enarboladas; sin que sea posible distinguir en aquel caótico conjunto y en aquel revuelto mar de seres humanos consagrados á mutuo exterminio, más que el gran oleaje de las haces que avanzan ó retroceden, y un imponente y sordo bramido que todo lo invade y en que se ahogan las voces de mando de los caudillos, los gritos de júbilo de unos, los gritos de rabia de otros, el crujir de los aceros, el golpear de las mazas, el relinchar de los caballos, el rechinar de los carros y los ayes de los moribundos. Indecisa parece la victoria; pero de repente un movimiento muy acentuado hacia el lugar que ocupa el Emir, hace presentir la pronta resolución del gran conflicto: los escuadrones andaluces que habían de avanzar en socorro de los almohades y africanos, sobre quienes carga todo el peso de la batalla, abandonan el campo haciéndose reos de una calculada defección, y los cristianos, aprovechándose de ésta, se ponen con un violento empuje en el cerro donde está plantada la tienda de Mohammed-ben-Yacub. Reciben el choque los negros, que, inmóviles en sus puestos, ven clavarse en sus

afiladas lanzas los corceles de los caballeros castellanos y aragoneses; embiste la acerada valla otra muchedumbre de caballeros, los cuales pertrechados de fuertes lorigas y cubierto el rostro con capacete de hierro, se lanzan sobre la falange de los etíopes sin temor ninguno á las agudas puntas de sus lanzas; pero la valla de carne y hierro se mantiene sin merma.—Don Sancho que arde en ansias de haber á las manos á Mohammed por la gran perfidia que contra él había cometido, anima á sus caballeros y soldados con la voz y el ejemplo, y arremete al palenque con briosa resolución.—Cómo rompió las cadenas, no se sabe; pero lo cierto es que se metió en el palenque, á tiempo que el atribulado Emir, á quien la victoriosa figura del rey navarro engrandecida á sus ojos por el espanto, pudo parecer como un numen vengador, huía precipitadamente, abandonando el campo á los cristianos. D. Sancho se apoderó de aquellos hierros, única parte del botín que para sí se reservó.—Y aquí acaba la novelesca historia de esas rústicas cadenas, pendientes á los dos lados de la hornacina que guarda en la Colegiata de Roncesvalles el sepulcro del gran rey. Otro sería el monumento de éste si se hubiese realizado el sueño de felicidad que le halagó al emprender la jornada de África, donde creyó recoger las valiosas prendas de sus tratos con el Emir Yacub-ben-Yussuf, y con ellas la incorporación á su corona de toda la España sarracena.

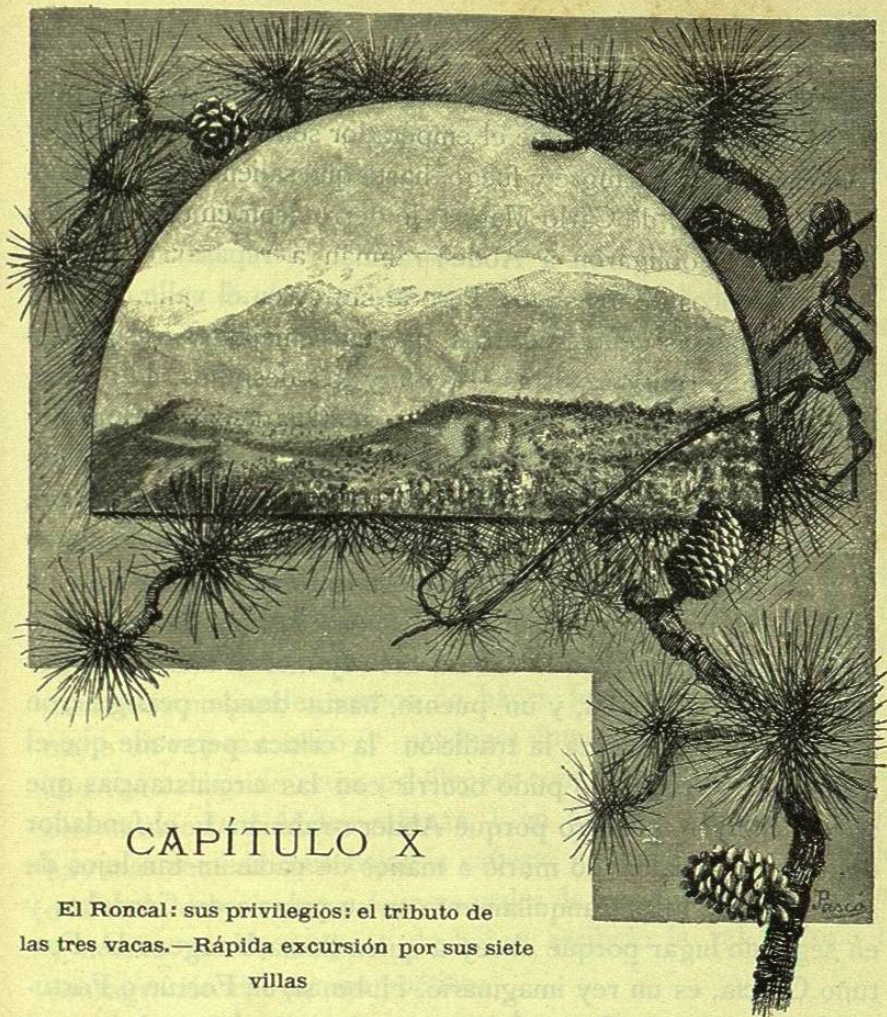
La hazaña de D. Sancho fué la que decidió de la victoria en Muradal: á ella contribuyó poderosamente D. Alvar Núñez de Lara, que al mismo tiempo que penetró el rey navarro en el palenque rompiendo el cadenado, entró en el recinto con un enorme salto de su fogoso caballo; pero la huída de Mohammed, y la consiguiente derrota de las huestes muzlemitas, á Don Sancho fué debida, porque el Emir temió el encuentro con el esforzado príncipe á quien tanto había agraviado.—La mortandad que los cristianos hicieron en los sarracenos fué inmensa, á tal punto que excede de lo verosímil: los mismos historiadores árabes confiesan que habiendo reunido el Emir almohade bajo sus banderas

seiscientos mil combatientes, apenas mil libraron la vida. La exageración, motivada por el deseo de denigrar la memoria de Mohammed como principal autor de la decadencia del poderío musulmán en España, es evidente; pero la causa misma del resentimiento demuestra que el exterminio que los cristianos hicieron fué inaudito. El arzobispo D. Rodrigo, testigo presencial de la derrota, fija en doscientos mil, poco más ó menos, el número de los moros muertos. El rey de Castilla, en la carta que dirigió al papa Inocencio III dándole cuenta del resultado de la batalla, le dice: «Fueron los moros que cogimos cautivos, como despues supimos por verdadera relacion de algunos criados de su rey, 185,000 de á caballo, y sin número los infantes. Murieron de ellos en la batalla mas de 100,000 soldados, segun el cómputo de los sarracenos que apresamos despues. Del ejército del Señor, lo cual no se debe repetir sin dar muchas gracias á Dios, y solo por ser milagro parece creible, apenas murieron veinticinco ó treinta cristianos» (1).—El arzobispo de Narbona, testigo también presencial de la batalla, exclama: «Y lo que es mas de admirar, juzgamos no murieron cincuenta de los nuestros» (2).—Refiere nuestro historiador-arzobispo con grande admiración, afirmando que participó de ella todo el ejército cristiano, que hacia el palenque cerrado, donde estuvo la tienda del Miramamolín, yacían muchos cuerpos de moros muertos, no como quiera heridos, sino del todo despedazados, y sin embargo limpios de todo rastro de sangre: lo cual fué para muchos indicio de que por entre las haces agarenas andaba alguna legión invisible de ángeles exterminadores, llenos de la ira de Dios, haciendo estragos en ellos sin derramar sangre. Hermoso asunto para un pintor del temple del gran artista anónimo autor de los cartones de las visiones apocalípticas, que en soberbia tapicería flamenca exornan las galerías del Palacio de Madrid durante la Octava del Corpus.

(1) En Mondéjar. *Crónica*, edición de 1773, p. 316.

(2) *Ibid.*

Los despojos que los musulimes dejaron en el campo fueron inmensos: multitud de carros, de camellos y de bestias de carga; vitualla en cantidad extraordinaria; lanzas, alfanges, adargas, en tan considerable número, que á pesar de no haberse empleado en dos días enteros más leña para el fuego y para todos los usos del ejército vencedor que las astas de las lanzas y flechas agarenas, apenas pudo consumirse una mitad. Incalculable fué también el botín de oro y plata, tazas y vasos preciosos, ricos albornoces, finísimos paños y telas: gran cebo y tentación de pillaje para la licenciosa soldadesca si no la hubiera contenido la excomunión con que el prelado toledano conminó á los que se propasaran á merodear en el campo enemigo. Todo lo recogían los esclavos por disposición del rey de Castilla, el cual lo distribuyó después generoso entre los navarros y aragoneses, dejando para sí y sus castellanos una pequeña parte, contento con el más rico de todos los despojos: la gloria de aquel gran triunfo. La lujosa tienda de terciopelo y oro del Emir fué á la capital del orbe católico á servir de trofeo en la gran basílica de San Pedro: Burgos conservó la bandera del rey de Castilla, Toledo los pendones ganados á los infieles, y el rey de Navarra se llevó como testimonio del heroico esfuerzo que decidió de la victoria, y para simbolizar el glorioso desquite tomado de la perfidia del moro, las cadenas del palenque de éste, cuyos trozos ofrendó á la Virgen en cuatro de sus más insignes templos, además de timbrar con ellas su escudo y las armas de su reino.



## CAPÍTULO X

El Roncal: sus privilegios: el tributo de las tres vacas.—Rápida excursión por sus siete villas

Lo mismo que habían hecho los vascones de Roncesvalles con los francos en dos ocasiones repetidas, una contra Carlo Magno en 788 y otra contra su hijo Ludovico Pío en 823, hicieron los roncaleses con los árabes bajo uno de los primeros reyes de Pamplona. El historiador Yanguas, que á pesar de su grande erudición pagó á veces tributo irreflexivo á meras tradiciones, consigna de esta manera la que corre como válida respecto de la empresa que ostentan en sus armas los habitantes del famoso valle. Abde-r-rahmán, rey de Córdoba, queriendo vengar los agravios de la última jornada de Carlo Magno y con-